

# Con cuatro rosas

**Juan Carlos Valero**

Título original: Con cuatro rosas

Primera edición Enero 2016

© Juan Carlos Valero, 2016

Ilustración de cubierta: <https://pixabay.com/en/red-rose-rose-rose-bloom-blossom-320868>

Ilustraciones interiores: © David Mingo García, 2016

Derechos exclusivos de la obra: Juan Carlos Valero Cerdá <eb3dgz@gmail.com>

Edición y maquetación: Juan Carlos Valero

Queda prohibida, salvo excepciones previstas en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización por escrito del titular de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (artículos 270 y siguientes del código penal).

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación del autor y cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, eventos o lugares es pura coincidencia.

A ti, que lo hiciste posible

# Indice

- [Capítulo primero](#)
- [Capítulo segundo](#)
- [Capítulo tercero](#)
- [Capítulo cuarto](#)
- [Capítulo quinto](#)
- [Capítulo sexto](#)
- [Agradecimientos](#)

## Capítulo Primero



*Se necesita solo de un minuto para que te fijes en alguien,  
una hora para que te guste, un día para quererlo.  
Pero se necesita de toda una vida para que lo puedas olvidar.*

*Anónimo.*

### ***Mallorca, Agosto de 1990***

Salió de casa.

Frente a él, un cielo repleto de estrellas vibrando en la oscuridad; azules, amarillentas y rojizas, parpadeando en lo alto. Una débil luminosidad cruzaba la bóveda celeste, permitiendo intuir más que ver el contorno de la Vía Láctea. No corría más que una débil brisa, que le acercaba el aroma de la mar: salitre y sueños. Daniel López avanzó unos pasos, levantando la vista hacia las estrellas sintiendo la proximidad del mediterráneo. Cuando el viento aflojaba, el suave perfume de las rosas que llenaban el patio de la casa inundaban su nariz. El rosal mas cercano a la puerta, el más grande, llevaba desde primavera abriendo una flor tras otra, como si hiciera carreras con el resto de rosales. Su madre, muy orgullosa, cosechaba flores casi cada día para adornar su casa.

A sus espaldas escuchó el sonido de los equipos de radio: ruidos de estática, chasquidos y voces apenas comprensibles, murmullos del éter. Giró sobre sus talones y contempló las antenas que se levantaban sobre la casa. Era el resultado de su pasión como radioaficionado: cambiar y probar, hoy una y mañana otra distinta, sus antenas de aluminio, experimentando y buscando el contacto más lejano; hoy con un país europeo, mañana con las antípodas. Robando a veces tiempo al sueño a cambio de poder hablar con gente que tenía sus mismas inquietudes, recibiendo respuestas en ocasiones desde playas tropicales o sitios donde apenas llegaba la luz del sol durante meses. No era una afición fácil de explicar a quien no sintiera curiosidad por ella; se precisaba algo de interés técnico y un mucho de paciencia para obtener resultados. Pero cada día era una faceta distinta de la afición la que le sorprendía y entretenía.

Esa noche estaba melancólico, tal vez hasta un poco triste. Siempre era difícil dejar atrás un hogar, un sitio del que uno se sentía parte, con recuerdos y olores que llenaban su memoria. Su padre, por temas de trabajo, había llevado a cuestas a la familia hasta Mallorca entre risas y promesas de un futuro mejor. Dejaron Barcelona atrás, por un tiempo tan solo dijo su padre. Pero lo que planeaban fueran unos meses, romper con la rutina, hacer algo distinto, había terminado por ser algo permanente. Su padre siempre decía que la vida era cambio, y que en el mismo sitio solo se quedaban los muertos, pero para Daniel había sido el adiós a muchos de sus amigos, que habían quedado en Barcelona. Aunque su afición a la radio le permitía hablar con algunos casi a diario, de otros a las primeras cartas, a las buenas intenciones tan solo siguió el silencio y la

sensación de que se había pasado página, que se había enterrado la amistad junto con los antiguos juguetes, en esa caja que solo se abre cuando la nostalgia aprieta.

No podía quejarse, con sus veintidós años y su experiencia en electrónica no le había sido difícil encontrar trabajo; y su afición, la radio, le permitió contactar con otros con sus mismos gustos que lo aceptaron rápidamente entre ellos. Sentía que aquel podía ser su hogar, pero algunas veces, como en esos momentos, la melancolía lo arrastraba. Era consciente de que hacía poco tiempo todavía, que el paso de las hojas del calendario traería la normalidad, que los nuevos recuerdos terminarían por apartar a los viejos y que un día se sentiría parte de ese sitio como todavía se sentía parte de su viejo hogar. Pero costaba. Y para que sus padres no se preocuparan por él, cuidaba de no transparentar sus sentimientos y la nostalgia que sentía.

El ruido de unos pasos sobre la grava del camino le hizo girar la cabeza. Arturo Vilar, posiblemente su mejor amigo en la isla, se acercaba sonriendo. Llevaba sobre la cabeza las gafas de sol “de piloto”, como solía llamarlas él. Unas gafas de montura metálica y cristales tintados que había visto anunciadas en una revista, donde decían que eran las auténticas gafas que usaban los pilotos comerciales de aviación, y que él se apresuró a comprar. A Arturo le chiflaban los aviones, y algo de esa afición se le había pegado a Daniel. Ya lo decía su madre, que quien a un cojo se arrima, al año si no cojea, renquea.

—Daniel... siempre mirando a las estrellas... ¿buscas platillos volantes?

Sonrió burlón al decirlo, porque él sabía hasta que punto todos los temas de platillos volantes y fantasmas le gustaban. Cuando el tiempo era bueno solían pasar muchas noches, cerveza en mano, sentados en la arena con las estrellas como techo sobre sus cabezas. Hablando, bromeando, soñando tal vez con grandes naves espaciales, con un horizonte sin fin que explorar y donde perderse. Cuando no era el espacio eran las historias sobre fantasmas y sobre casas encantadas, o las tablas de Ouija, o ese programa de radio donde alguien contaba que había una base submarina de platillos volantes cerca de las Baleares.

—Tu lo que quieres es no perderte la ocasión de ver uno —le contestó.

—¡Claro! , si te parece te los voy a dejar para ti solo.

Al llegar a su lado Arturo le dio una palmada en el hombro y apenas un leve apretón como saludo. Después giraron la cabeza al cielo y una estrella fugaz cruzó sobre sus cabezas.

—¡Pide un deseo! —dijo Arturo

Daniel cerró los ojos un segundo y sonrió. Como si pidiera un deseo con todas sus fuerza. Arturo le miró sonriendo también y se disponía a darle un golpe en el hombro para seguir la broma, cuando Daniel abrió los ojos de repente sorprendido.

*Clic...clic...clanc....clic....*

Unas notas musicales, con un sonido que recordaba el de piezas de cristal chocando entre sí, llegaba a sus oídos. Acompasado, como una melodía apenas esbozada, cinco o seis notas que se repetían, a veces de forma ordenada y a veces no, pero sin perder una cierta musicalidad.

—¿Lo oyes? —preguntó Daniel. Tenía que haberlo oído, había sonado claro y nítido, pero Arturo negó en silencio, inclinando la cabeza como buscando aquello que Daniel escuchaba.

Parecía el suave sonido de una campanilla de viento. Las varillas metálicas huecas siendo acariciadas por el aire, chocando y generando notas musicales. Puro azar movido por el viento, pero siempre armónico, siempre agradable al oído. Lo escuchó dos veces más, ir y volver con la brisa. Cuando sonaba más fuerte, parecía estar a su lado, y cuando bajaba su intensidad apenas era posible discernirlo.

—No oigo nada —susurró Arturo.

—Ese campanilleo...

Justo en ese momento aumentó el sonido, hasta que Daniel lo escuchó como si estuvieran rodeados por las varillas, y estas midieran tres metros de alto cada una: intenso, ahogando el resto de sonidos. Dejó de oír la mar, y no habría podido escuchar a su amigo si le hubiera hablado, en vez de mirarle como sin terminar de entender la broma. Rápidamente pareció alejarse y desapareció por completo. Como si el viento, caprichoso, lo meciera adelante y atrás, hasta llevarlo tan lejos que su sonido ya no pudo alcanzarles.

—No oigo nada, Daniel, ¿que has bebido? —bromeó.

—¿ No oyes esa campanilla ? ¿Me estás tomando el pelo...?

Daniel agitó la cabeza. Solo el sonido de las olas, no lejanas. Ya no se oía. ¿Lo había imaginado? ¿Estaba alucinando? Tampoco quería quedar mal, así que se encogió de hombros.

—Ya no se oye... déjalo, no tiene importancia —dijo, quitando hierro, no entendiendo que había pasado pero no queriendo ser el “raro”, el que escuchaba cosas que nadie más oía.

—Me dirigía al bar, la peña estará allí. ¿Vienes?

—Si, cierro y vamos. Un segundo.

Se dirigió a la casa, donde el ruido de una conversación entre radioaficionados procedente de los equipos de radio le rodeó. Apenas les prestó atención, desconectó el receptor, un golpe rápido al interruptor general y un vistazo para asegurarse de que todo estaba en orden y apagó la luz, cerrando la puerta a sus espaldas.

Era un pub discreto, frecuentado sobre todo por la gente del pueblo. Bajo el letrero con el nombre del local y el eterno logo publicitario de Coca-Cola, tenía que cruzar el umbral de la puerta y descender tres escalones para entrar, después se abría un espacio amplio con mesas, dividido por las vigas del edificio en varios espacios. Mesas de fórmica y sillas metálicas, unos billares al fondo y un espacio vacío entre estos y las mesas, donde algunas parejas bailaban. Normalmente no era frecuentado por muchos turistas, aún en la temporada de mayor afluencia de extranjeros. Sentados alrededor de una de las mesas, no lejos de la barra, estaban sus amigos. Destacaba en el grupo Pedro, bien entrado en la treintena, que reía ruidosamente en aquellos momentos. A su lado estaba Alejandro, con 23 años recién cumplidos, ojos azules y brillante pelo rubio. Era claramente la antítesis de Daniel, que con una cara muy normal y su pelo negro cortado cortito, pasaba normalmente desapercibido tanto por carácter como por físico. Alejandro no tenía ese problema:

expansivo, irradiando energía y destacando siempre, era el ligón del grupo, el chico que sabía encandilar y hacer reír a las mujeres. Daniel y Arturo pidieron unas cervezas en la barra y se sumaron al grupo de amigos.

No había hecho más que sentarse cuando Daniel vio con el rabillo del ojo, una melena rubia larga y un reflejo de las luces del local que llamó su atención, apenas un mancha de color rojo entrevisto. Al girar la cara, atraído por el color y buscando decir a sus amigos alguna frase ingeniosa sobre la chica, creyó verla desaparecer entre la gente que entraba en el local. La buscaba todavía entre las cabezas en movimiento cuando otra persona llamó su atención. Una melena pelirroja sobre una piel pálida, que delataba que no era de allí y unos ojos de color verde que destacaban sobre una cara pecosa. No pudo apartar la vista de ella, como si hubiera más de lo que se veía, como si fuera importante no perder detalle. Era preciosa. Reía en compañía de una pareja con pinta de extranjeros. Sintió una punzada de envidia... si él tuviera el desparpajo de Alejandro, intentaría hablar con ella. Pero le costaba entrar a las chicas, su timidez le podía... Al poco ella se despidió de sus acompañantes y la vio dirigirse a la calle. Una oportunidad perdida, pensó él... Una de tantas. Pero no le quitó la vista de encima antes perderla completamente ya en la calle.

—Daniel —le dijo Pedro.

—Si, dime —contestó volviendo a centrar su atención sobre la mesa.

—Mañana llega Ana, mi sobrina. Me gustaría pedirte un favor.

—Claro —dijo dando un sorbo a la cerveza —lo que necesites.

—Contrólamela un poco, ¿quieres? No me gustaría verla en manos de estos moscones —y con la cabeza hizo un gesto hacia Alejandro, que seguía bromeando con Arturo ajeno a la conversación —Yo se que tu eres mas serio que estos...

Daniel se sintió enrojecer. Si por serio quería decir tímido, el debía de ser el mayor del mundo. Y pedirle a un tímido que cuide de una chica era como pedirle a un claustrofóbico que se encerrara bajo tierra.

—No se me dan bien las chicas —murmuró agachando la cabeza —Ya lo sabes.

—No te pido mas que, si la ves, la vigiles un poquito, ¿vale? No quiero que le pase nada estos días que viene.

—No te preocupes, lo haré —le prometió, buscando con la vista aquella mata de pelo pelirrojo.

Pero no volvió a verla.

Ana Vallespín bajó trabajosamente las escaleras mecánicas de la terminal del aeropuerto, ahora detenidas, cargando con la maleta y maldiciendo al gracioso que las había parado. Sospechaba de un crío con el pelo rizado unos metros por delante de ella, que seguro —pensaba con disgusto —había sido quien pulsó el botón de parada. La madre tiraba del brazo del niño, claramente enfadada, y miraba nerviosa por encima de su hombro. La terminal de llegadas estaba llena de gente, una confusión completa de personas dudando hacia donde avanzar, muy típico de los destinos turísticos. Grupos con mochilas, con maletas, e incluso alguna

persona con traje y corbata se movían por allí siguiendo sus propios caminos, como las hormigas en un hormiguero. Mallorca era un sitio muy popular y los operadores turísticos organizaban grupo tras grupo de gente en vuelos charter, que parecían saltar casi directamente del aeropuerto a la playa. Y en muchos casos, de la playa al hospital, con un color rosado tirando a rojo (como el del marisco al salir de la olla) que delataba insolaciones y quemaduras.

Ana, en mitad de esa multitud, se detuvo y buscó a su alrededor a su tío, que venía a recogerla. Dejó la maleta en el suelo, se puso bien la gorra negra que llevaba sobre el pelo y se giró a un lado y a otro poniéndose de puntillas. Su metro sesenta y uno no le ayudaba precisamente a poder localizar a su tío, rodeada de turistas extranjeros altos como torres —y bastante guapos según pudo apreciar—.

Ella no diría de sí misma que era una belleza, pero con 21 años recién cumplidos, el pelo rubio muy cortito y un color azul profundo como el de la mar en sus ojos, tenía un algo difícil de definir, pero que hacía que los hombres se giraran a su paso para mirarla. Podía ser su juventud, esa especie de aura que rodea a las chicas jóvenes, o su sonrisa que no dudaba en mostrar. Esa mañana había optado para el viaje por unos tejanos y una camiseta amplia, ropa cómoda para volar. Calzaba unas deportivas blancas con unas tiras de color rosa en el costado y en la muñeca llevaba una goma verde para recogerse el pelo. No es que la necesitara, ya que mantenía el cabello mas corto de lo que a su madre le gustaba: se trataba de un hábito adquirido, como enredar el pelo en un dedo o subirse las gafas desde el borde de la nariz. Como un gesto inconsciente que te hace volver sobre tus pasos si algo te falta pero no sabes lo que es.

—¡Ana!

Se volvió buscando la voz, y vio a su tío avanzando hacia ella. Le dio un abrazo rápido y antes de que pudiera negarse Pedro le había cogido la maleta —quejándose de cuanto pesaba y preguntándole si se había traído el armario auestas —empezando a avanzar por la terminal hacia la salida. Con la habilidad del que vive en el sitio, y en el caso de Pedro mas que otros ya que era taxista y visitaba asiduamente el aeropuerto, la llevó sorteando otros grupos que leían las pantallas de llegadas de vuelos, o que buscaban torpemente la señal de salida en los letreros. Su taxi, junto con la mujer de Pedro, le esperaban en doble fila con los cuatro intermitentes parpadeando, así que cargó la maleta rápidamente y tras un intercambio de besos en pocos minutos estaban rodando fuera del aeropuerto. Ana vio los letreros de “Palma” pasar a toda velocidad a su lado. Su tío, mano en el volante y en el cambio de marchas, bromeó con ella otra vez sobre el peso de su maleta y su mujer le regañó diciéndole: “tu que sabes lo que necesitan llevarse las mujeres”.

Desde su sitio, sentada detrás de su tía, pudo ver un paisaje bastante llano, con alguna colina a lo lejos. El sol lucía en lo alto y apenas había nubes, y dado que comenzaba a hacer un poco de calor empezó a pensar en darse un chapuzón al llegar.

—¿Está la playa muy lejos de casa? —le preguntó.

—Que va... puedes ir andando sin problema. Es una playa pequeña, no muy concurrida. Te gustará —le dijo sonriendo.

La velocidad del coche fue aumentando y Carmen le empezó a preguntar por la familia, por lo que pasaron un rato comentando los últimos detalles y riendo con alguna de las situaciones que habían pasado sus padres.

Pedro era el hermano de Francisco, su padre, y este tenía un surtido de anécdotas familiares casi inagotable. Aunque no se veían muy frecuentemente, Ana tenía siempre ganas de volver a estar con ellos. Le hacían sentirse bien, arropada y querida. Por eso había decidido pasar sus vacaciones allí; había convencido a varias amigas para desplazarse y pasar las vacaciones juntas.

Poco a poco el cansancio junto con el rumor del coche rodando por la carretera la llevó a un estado de duermevela, dejándose acunar por los kilómetros y la conversación en el coche. Se despertó cuando el rumor del motor se detuvo al parar el coche. Habían llegado a la Colonia Sant Pere, donde ella esperaba pasar unas vacaciones distintas. Porque harta de que siempre fuera lo mismo, había decidido que ese año serían especiales, y aprovechando la recién estrenada independencia que da ser mayor de edad, había organizado unas vacaciones con sus amigas. No obstante, la presión familiar, reacia a dejarlas volar solas, había impuesto que al menos estuvieran con algún familiar cerca —su tío en este caso —en vez de irse a algún sitio completamente solas. Algunas de sus amigas estaban ya allí, y Ana quería divertirse y desconectar de los estudios y de las decisiones que tenía que tomar en un futuro cercano. Terminaba una etapa y empezaba a tener que tomar decisiones de adulta, y eso le gustaba. Pero ahora quería pasarlo bien.

Le ayudaron a descargar la maleta y la acompañaron a la que había sido hasta hacía poco la habitación de Esther, la hija de Pedro y Carmen. Esther se había marchado a estudiar Económicas a Barcelona el año anterior, y ese verano había decidido hacer un viaje a Grecia con un novio que se había echado. Ana sentía una cierta envidia, ya que no tenía ninguna relación estable... y también deseaba cambiar eso este verano. ¿No decían que los veranos eran para soñar? Pues ella venía dispuesta a cambiar cosas.

La habitación de Esther era amplia y estaba escrupulosamente limpia. Demasiado limpia para ser la habitación de una chica de su edad... estaba claro que Carmen había dedicado unas horas a dejárselo todo preparado, por lo que Ana pudo comenzar de inmediato a deshacer la maleta. Ubicó todas las cosas y estaba terminando cuando Pedro llamó a la puerta y entró en la habitación agitando en la mano una copia de las llaves de casa.

—Para que te muevas a tu aire —le dijo sonriendo. Después la dejó con sus cosas y Ana le escuchó bajar los escalones. De la calle llegaba el sonido apagado de algunas voces y por la ventana entreabierta el aroma de la mar le llegaba de manos del mismo viento que movía la cortina.

Sacó el bikini negro, el que le quedaba mejor y se lo puso, contemplándose en el espejo de cuerpo entero que había tras la puerta de la habitación. Un giro, de puntillas, hacia un lado y hacia otro, y sacó pecho. No tenía un mal tipo y se rió abiertamente, se sentía fabulosamente bien. Después se puso un pantalón tejanero corto y una blusa sin mangas sujeta al cuello que le dejaba un trozo de la espalda al aire; cogió una bolsa grande poniendo dentro una toalla, la crema bronceadora, unas sandalias, un libro y después bajó corriendo las escaleras.

—¡Tío! ¿hacia donde queda la playa?

—Si bajas por la calle principal, en cinco minutos estas en ella —le contestó Pedro.

—Gracias, salgo un rato, ¿a que hora comemos?

Pedro se giró y miró el reloj de la cocina.

—En casi dos horas, tienes tiempo de un chapuzón.

—Vale —le contestó ella —voy a tomar un poco el sol que estoy muy blanca, me remojó un poco y después vengo.

Salió por la puerta, se encontraba de muy buen humor. Bajó tarareando una canción de Duncan Dhu por la calle del pueblo, dejando tiendas para turistas atrás, aunque se detuvo brevemente en el escaparate de alguna para mirar, y salió a una plaza que cruzó, siguiendo la pendiente que la llevaba al mar. Su tío le había dicho que aquella zona no tenía tanto turismo como otras de la isla, y ella se alegró, ya que le apetecía tranquilidad. Aunque le habían dicho que había algo de marcha por las noches, y eso, pensó sonriendo, también le apetecería. Estaría bien conocer a alguien interesante que le alegrara el mes. Tenía pensado después de comer llamar a sus amigas, que estaban en un hotel en el pueblo, para quedar con ellas.

Pronto divisó la playa y en ella pequeños grupos de gente. La arena estaba como a ella le gustaba, casi vacía. Al pisarla se detuvo, descalzándose, y avanzó con los pies desnudos hasta quedar a tan solo un par de metros del agua. Sintió la arena entre sus dedos, caliente, y eso le hizo sentirse bien. Hacía un día precioso, pensó ella para sus adentros, con sol y solo algunas nubes muy dispersas. Abrió la bolsa y extendió la toalla sobre el suelo alisándola y después se quitó los pantalones cortos y la blusa.

Dio unos rápidos pasos chapoteando un metro en el agua y se lanzó de cabeza. Si dudaba y empezaba a meterse poco a poco, se podía tomar media mañana para entrar en la mar, así que rápido y adentro. Estaba todavía un poco fría para su gusto, pero se dejó llevar un segundo bajo la superficie tras el chapuzón, rozando con la punta de los dedos el fondo del mar, y después emergió moviendo la cabeza. El agua era limpia y clara, vio pececillos moviéndose a su alrededor y braceó un poco mar adentro dejándose flotar después. El sonido de las olas, rompiendo en la orilla, la acunó. Flotó moviendo apenas los pies, mirando a su alrededor, sintiendo las gotas correr por su cara, atrapándolas con la lengua y notando el sabor salado. Tras unos minutos se dirigió hacia la arena de nuevo, dispuesta a comenzar a tomar el sol. Se secó un poco el pelo, apenas dos pasadas rápidas de la toalla y después empezó a ponerse la crema bronceadora. En Madrid poco sol había tomado mientras estudiaba, y pensaba poner remedio a eso en primer lugar. Si miraba a su alrededor en la playa su piel blanca destacaba, en contraste con el bronceado que lucían el resto de bañistas. No había acabado de ponerse la crema cuando escuchó una voz conocida acercándose:

—Anda que avisas... si no se me ocurre llamar a tu tío me quedo esta mañana mas sola que la una.

Ana se giró y vio a Cristina Vance llegar a su lado. Cristina era más alta que ella, casi un metro setenta, ojos de un verde profundo y pelo rizado y largo de color pelirrojo que resplandecía en su cabeza como el fuego. A sus 20 años, casi 21 ya, tenía la piel blanca y una mirada de pecas sobre la cara. Cristina y Ana habían sido dos de las tres alumnas de la letra V de su clase hasta que empezaron a ir a la Universidad, donde cada una de ellas había optado por una carrera distinta. Ana se había decantado por Derecho y Cristina por Informática. Seguían siendo amigas y habían organizado las vacaciones para poder coincidir allí con otras compañeras como Olga o María. Estaba claro, dado su llegada, que Cristina había estado más al tanto que el resto de ellas de la llegada de Ana.

—¡Cris!, ¿como estas? —la saludó, poniéndose en pié y dándole dos besos y un abrazo.

—Aburrida —dijo Cristina haciendo una mueca —Ya he terminado con las clases de vela y Olga y María no me han hecho ni caso. Se han echado unos ligues y están muy ocupadas.

Ana se echó a reír y palmeó la arena a su lado.

—Ponte aquí anda, que me tienes que poner al día.

Cristina se despojó del vestido playero, dejando ver el bikini blanco y negro que llevaba puesto. Ana sintió un momento de envidia, ya que le gustaba el tipo de Cristina. Eso sí, Cristina era de piel blanca blanquísima, toda ella pecas, con lo que pensó que al menos ella podría lucir un hermoso moreno que a Cristina le costaría conseguir. Con ese color de piel tenía más posibilidades de terminar pareciéndose a una gamba que no coger un color bonito. Puso la toalla a su lado, sacó un bote de protector solar —tiempo atrás le había explicado la maldición que le habían dejado sus ascendentes irlandeses de una piel que se quemaba con facilidad al sol — y se lo dió a Ana para que le echara una mano. Fueron comentando los cotilleos principales, los más jugosos por parte de Cristina, que le contó como sus amigas se habían liado con un italiano y un alemán respectivamente y que andaban muy acarameladas por ahí.

—¿Y te han dejado tirada? —indagó Ana.

—Un poco...

Cristina llevaba ya en la isla tres semanas, había podido organizarlo con sus padres para ir allí y encontrarse con sus amigas, y según le contó a Ana llevaba los últimos días un tanto sola y aburrida. Eso si, había podido cumplir un sueño y hacer clases de vela. Los últimos años le atraía la idea de navegar por la mar sin rumbo, y se había convertido en una idea recurrente en la vida de Cristina y en las conversaciones que tenía. Estaba enamorada de las olas y los horizontes amplios de la mar.

Pero a su padre, le contó, le habían avisado del trabajo que tendría que acortar las vacaciones y estaba previsto que marcharan aquel domingo.

—¡Pero eso son solo dos días! —protestó Ana —Habíamos dicho de coincidir más...

—Si, lo siento. Olga y María llegaron más tarde y se quedarán más tiempo, pero me parece que no te van a hacer mucho caso. Lo siento Ana, no ha salido como queríamos. De todos modos estos dos días hay que disfrutarlos. Me tienes que llevar a los locales de por aquí.

—Claro, esta noche sin falta. Te llevaré a un sitio que conozco que está bien.

Siguieron comentando cosas y pronto llegó la hora de ir a comer como había acordado con su familia. Recogieron las cosas, sacudiendo la arena, andando descalzas hasta el borde de la acera, y se encaminaron juntas hablando calle arriba. En la puerta de la casa de su tío quedaron para aquella noche salir a bailar un rato y reírse del mundo.

La madre de Cristina, Elisa, miró con ojo crítico a su hija cuando salió de su habitación del hotel. Para su gusto la falda era muy corta, la blusa dejaba demasiado al descubierto y sus zapatos de tacón tal vez no fueran lo más conveniente, pero a poco de llegar a los 21 años había desistido de intentar convencerla para que cambiara su forma de vestir. Elisa era muy consciente de que había pasado ya el tiempo en que podía mandar a su hija en temas de ropa... y posiblemente en ningún tema. Era una chica muy guapa, ella lo sabía y a su madre no le quedaba más remedio que acostumbrarse y aceptarlo. Pero para un padre resultaba difícil dejar volar a sus hijos, el instinto de protegerlos a toda costa de los males del mundo era intenso.

Desde que llegaron a la isla, Cristina salía por las noches un rato, pero como sus amigas se habían echado unos novietes volvía invariablemente al cabo de un par de horas, un poco frustrada. Solía salir con otras chicas que había conocido pero ella podía ver que no se lo estaba pasando tan bien como debería. Incluso algunas noches se había quedado en el hotel sin salir, lo que a ella le preocupaba especialmente. Le costaba hacer amigos. En la escuela de vela, un par de chicos estuvieron revoloteando a su alrededor, pero ella no mostró interés. Según sus propias palabras: “no eran de su tipo”. Sin embargo, hoy la veía distinta. Le había contado que había llegado Ana Vallespín y que esta noche saldría con ella. Elisa recordaba a la descarada Vallespín —igualita que su madre según pensaba ella —pero le gustaba que su hija dejara de estar sola. Estaba más animada, con una sonrisa más pícaro que en los días anteriores. Era más ella y menos la aplicada universitaria que parecía avanzar con paso firme hacia un brillante futuro profesional. Solo veía esa sonrisa últimamente cuando, al timón de la embarcación, cortaba las olas al sol.

—¿Que mamá? ¿Paso el chequeo? —le dijo Cristina girando sobre sus zapatos y levantando los brazos, como en una imitación de un paso de baile.

—Si hija... Pásalo bien, ¿vale? —dijo sonriendo.

—Gracias mamá, ¡hasta luego!, ¡adiós papá!

Cristina cogió el ascensor y bajó a la calle, donde todavía hacía algo de calor. Había quedado con Ana en casa de su tío, así que comenzó a subir la ligera pendiente mientras recapacitaba sobre los dos días que le quedaban de estar allí. No habían sido unas vacaciones muy divertidas, salvo los ratos que había estado navegando, además había demasiados turistas extranjeros de vacaciones convencidos de ser los más guapos e irresistibles, con lo cual sus salidas acababan normalmente al cabo de un rato en cuanto se agobiaba. Se lo había pasado mejor al principio cuando Olga y María estaban sin pareja. Por eso esperaba recuperar algo de esa diversión de mano de Ana. Al menos sus últimos días allí serían más divertidos.

Se encontraron Ana y ella, se dieron dos besos y emprendieron el camino hacia una discoteca cercana. Ana se había puesto un vestido cortito y se había maquillado resaltando sus ojos. Cristina no era muy amiga del maquillaje, y Ana se reía normalmente de ella por eso. Le decía que eso del agua y jabón para ser guapa era cuento de viejas, y que resaltar los encantos era lo que debía de hacer si no quería quedarse para vestir santos.

Cotilleando y riendo estuvieron un par de horas en la discoteca. La diferencia de ir con otras chicas o con Ana, pensó Cristina, es que con Ana podía estar tranquila. Ella no la dejaría tirada. Bailaron y tontearon con algún chico, y cerca de medianoche les apeteció cambiar de sitio, así que salieron a la calle.

—¿A donde ahora? —dijo Ana.

—Hay un Pub mas tranquilo aquí cerca. Hay menos gente y ponen buena música.

La entrada al Pub era pequeña, pero resultaba engañosa, ya que el local era mas grande de lo que parecía. Al cruzar el umbral Cristina escuchó un tintineo metálico, como el que haría un cascabel o uno de aquellos colgantes que se ponían donde daba el aire y que sonaban como notas musicales, y se giró buscando que lo había causado, pero no vio nada.

*Clic...clic...clanc...clic...*

Mientras giraba intentando localizarlo, el sonido subía y bajaba como llevado por el viento. Pero allí en el local, pensó ella, no corría el aire. Sin darle tiempo a más, empezó a disminuir y desapareció totalmente, como si no hubiera estado allí. Al ver que Ana seguía andando, pensó que lo había imaginado, o que la música la había confundido. Tras descender tres escalones entraron en lo que evidentemente eran los bajos del edificio, un espacio amplio, con abundantes rincones y con columnas dividiendo el local. Había una amplia barra de bar en un extremo, mesas con sillas metálicas y al fondo un billar y unas dianas de dardos. No estaba muy cargado de humo y por los altavoces sonaba “Tócala Uli” de Gabinete Caligari. Había incluso un espacio entre el billar y las mesas que estaba pensado para bailar, aunque solo vio a un par de parejas allí. Se dirigieron a la barra donde Cristina pidió Coca-Cola y Ana su segundo cubata de la noche y buscaron con la mirada un sitio tranquilo para sentarse.

Al pasar cerca de un grupo de chicos escucharon piropos de un rubio fornido, que estaba con otros tres jóvenes en una mesa llena de botellines de cerveza. A Cristina le llamó la atención uno de ellos, que vestía una camisa oscura y se reía con ganas de algo que le estaban contando. Tenía el pelo de un color negro profundo y una risa sonora y franca. Sus miradas se encontraron y ella se vio reflejada en sus ojos. No literalmente por supuesto, pero sintió sus pupilas en las suyas. Por un instante, el tiempo de un parpadeo, de dar un paso, un segundo tan solo, ella no notó el ruido del bar ni el suelo bajo sus pies. Solo su mirada. Pero el momento pasó y ella, apartando la vista de él, sonrió levemente halagada.

Ana se percató de lo que había pasado, sonriendo mientras controlaba a su amiga. No habían terminado de llegar a la mesa que aquel chico rubio las interceptó, se presentó como Alejandro, dijo un par de tonterías haciendo reír a Ana y consiguió llevársela a bailar. Todo en menos de un minuto y casi sin detenerse. Ella le guiñó un ojo a Cristina y salió de la mano de Alejandro a la pista. Cristina giró sin moverse del sitio para ir a la mesa con tan mala fortuna que tropezó con algo que había en el suelo, y perdiendo el equilibrio, soltó el vaso de Coca-Cola que se estrelló contra el suelo. Trozos de cristal y de hielo saltaron sobre sus zapatos. Con el sobresalto del momento se encontraba a punto de perder el equilibrio cuando notó de golpe que alguien la sujetaba, ayudándola a recuperar el equilibrio. Levantó la vista, sobresaltada, y se encontró con el chico de pelo negro que había visto al entrar, sirviéndole de apoyo. Él enrojeció levemente bajo su mirada, algo que a ella le pareció encantador, y sin soltarla todavía, le sonrió.

—¿Estas bien? —le preguntó.

—Si, gracias...

—Casi... casi se te cae —dijo él, mirando el vaso roto en el suelo —¿Quieres que te traiga algo de beber?

Tenía una voz bonita, y no actuaba como el típico ligón, o eso le pareció a Cristina que le contestó:

—Si, gracias. Otra Coca-Cola por favor. Prometo no tirarla —bromeó, un tanto nerviosa.

Él avanzó sorteando las mesas, se detuvo al lado de la barra y pidió la consumición. Daniel era consciente de lucir una sonrisa tonta en la cara, pero le daba lo mismo. Se sentía contento por haber reunido la valentía para hablarle. Era la chica que había visto el día anterior, estaba seguro de ello. No habían muchas chicas con ese color del pelo, estaba seguro. Un color que le recordaba el del sol al ponerse en primavera. Recogió la bebida y cargado con dos vasos largos y una cerveza, pasó por la mesa donde había estado antes, dejando la cerveza allí a uno de sus amigos. A continuación regresó a donde le esperaba Cristina, dejando su vaso allí también.

—Aquí tienes —le dijo —Me llamo Daniel.

—Gracias Daniel, soy Cristina.

Cristina se sentía nerviosa y tonta, era un mal comienzo conocer a alguien de ese modo. Examinó, curiosa, a Daniel. Vestía unos pantalones de vestir negros, una camisa oscura y zapatos. El cinturón era liso, nada de esos cinturones horteras que se llevaban ahora, con hebillas grandes. Bastante clásico. Claramente arreglado, no habría desentonado en el trabajo de su padre añadiéndole una corbata. Mas elegante de la media de los que habían allí, donde abundaba el uso del tejano, pensó ella dándole mentalmente el aprobado.

—Encantada. Tu amigo no es de los que dudan, ¿no? —dijo señalando a Alejandro que orbitaba bailando alrededor de Ana.

—No, él es así —contestó Daniel riendo —O le quieres o le odias... sin término medio. Alejandro es cualquier cosa menos tímido, así que más le vale a tu amiga pararle los pies, que este es muy lanzado.

—No te preocupes por Vallespín, sabe lo que se hace.

—¿Ana Vallespín? —preguntó Daniel mientras sonreía, levantando las cejas en un gesto de sorpresa.

Cristina frunció el ceño.

—Si, ¿como lo sabes?

—Es la sobrina de un amigo mío —dijo él riéndose por lo bajo —Primera noche y con Alejandro, esto va a ser divertido.

Le explicó que Pedro, el tío de Ana, le había pedido que “controlara” un poco a su sobrina, y le contó que Alejandro era el especialista en liarla. Cuando ella le comentó que había “secuestrado” a Ana de su lado en un suspiro, él le contó que en ocasiones habían llegado a cronometrarlo. Su labia y su caradura le permitían llevarse a la chica elegida, le dijo, y lo mejor de su carácter era que cuando solo obtenía calabazas, no le agriaba el buen humor.

Bromearon sobre Alejandro y Ana. Al cabo de unos minutos estaban hablando de sus familias y Cristina se descubrió explicándole la versión corta de su historia familiar, donde su padre había venido a España en una

visita empresarial desde Irlanda y se había enamorado de su madre, quedándose a vivir allí con ella. Daniel le explicó a su vez como su familia se había trasladado desde Barcelona a Mallorca por temas laborales. Ese punto en común en sus historias, con sus familias moviéndose de una residencia a otra, los conectó brevemente. Daniel tenía un hablar tranquilo, pensó ella, una voz sonora, y unos ojos marrones que no dejaban de mirarla a los ojos, sobre todo cuando ella no prestaba atención. Mas de una vez lo sorprendió mirándola, y apartando rápidamente la vista al verse descubierto. Lo encontró agradable, no era empalagoso como los típicos moscones. Era tímido, pero algo bajo su mirada le decía a Cristina que no lo descartara, que la timidez no era permanente; no con ella.

Fue en aquel momento cuando Ana y Alejandro volvieron hacia la mesa. Daniel sorprendió la mirada aprobadora de Alejandro, y Cristina la curiosa de Ana. Esta llegó a su lado y le dijo a Cristina:

—¿Me acompañas al lavabo?—le preguntó, y las dos se encaminaron allí.

En el servicio, tras cerrar la puerta, Ana la empezó a interrogar sobre Daniel y Cristina se quedó pronto sin respuestas. ¿Le gustaba? Si, lo encontraba mono y era agradable. ¿Quería liarse con él? Ella dijo que no, que se marchaba ya mismo de la isla y que no quería empezar nada, a lo que Ana contestó:

—Yo de ti no lo dejaría escapar. Parece alguien interesante.

—No lo sé... —le dijo Cristina, pero insistió —déjame con él, ¿quieres?

—No te preocupes, Cris, no me entrometeré —dijo Ana sonriendo, traviesa.

Salieron del servicio y Daniel se levantó cuando ella llegó a la mesa y se sentó cuando ellas dos lo hicieron. A Cristina le gustó el gesto galante, algo que no se veía ya. Durante un rato tuvieron una conversación los cuatro, pero se veía claramente que el interés de Alejandro no estaba en pasar el resto de la noche con tanta compañía, y cuando escuchó una nueva canción con ritmo arrastró a Ana de nuevo a la pista.

Una chica rubia, con unos brillantes ojos azules pasó al lado de Daniel y Cristina. Sonrió al mirarlos y él pudo ver, por la blusa entreabierta, que llevaba un tatuaje de un corazón de color rojo en un lado del cuello. Se confundió entre la gente y dejó de verla. En aquella mirada había algo que le llamó la atención, pero no fue capaz de identificarlo. Cristina vio a Daniel siguiendo con la vista a aquella chica y sintió una punzada de celos, sorprendiéndose por ello. Lo sorprendió tocándole la nariz con la punta del dedo y diciéndole:

—¡Vuelve! —pero con tono de broma y una sonrisa en los labios. Él se disculpó.

Daniel y Cristina siguieron charlando un rato, y pasaron a hablar de la isla, ella le explicó sus vacaciones y él como veía la gente que vivía allí a los turistas. Se contaron chistes malos, de los cuales Daniel parecía tener una provisión inagotable y pequeñas confidencias sobre sus respectivas vidas. Ana seguía desaparecida con Alejandro y a Cristina la apetecía tomar un poco el aire, por lo que le dijo a Daniel:

—¿Te importa si salimos un rato?

—No, claro que no. Demasiado humo ya para mi gusto —añadió él —Déjame que me despida de mis amigos y salimos.

Se acercó a la mesa donde seguían sus amigos y se despidió de ellos, saludando a alguno que acababa de llegar, se acercó a la pista e interceptó a Alejandro y Ana comentándoles en voz baja algo que ella no pudo escuchar. Ana le hizo un gesto de despedida con el brazo sin dejar de bailar, y girándose hacia ella repitió el gesto sonriendo y Alejandro palmeó la espalda de Daniel, que volvió al lado de Cristina riendo por lo bajo.

—¿Que ocurre? —preguntó ella.

—Están convencidos de que te llevo al huerto —dijo riéndose.

Ella sonrió y decidió echar un poco de leña al fuego.

—¿ No será que eres tú el ligón del grupo y no Alejandro...?

—Que va... te garantizo que soy mucho mas inofensivo. Venga, salgamos afuera.

En la salida él abrió la puerta y le cedió el paso. En la calle había refrescado un poco y Cristina se estremeció. Supo que si él hubiera llevado una chaqueta, su reacción habría sido quitársela y ofrecérsela. Sabía, y desconocía porqué, cual sería su reacción, como si lo conociera de mucho tiempo atrás. Le gustaba el modo en que él la trataba, tan distinto de los típicos guaperas creídos, había un respeto y a la vez una atracción en él que la hacían sentirse muy cómoda. Anduvieron en silencio unos metros hasta que él le preguntó:

—Te oí hablar con Ana de que te irías pronto... ¿Cuándo te vas?

—Pasado mañana —respondió ella, no sin pesar.

Daniel no contestó, pero ella creyó ver un gesto de desagrado en su cara. Guardó silencio mientras seguían andando y ella se maldijo para sus adentros. Tres semanas allí ¡y tenía que conocer a alguien que le gustaba a un día de irse! El silencio embarazoso prosiguió mientras el sonido de sus pasos en la calle vacía les acompañaba. Sobre ellos el cielo oscuro se había ido cubriendo de nubes y apenas eran visibles las estrellas o la luna. Llegaron a la puerta del hotel y los dos vacilaron. Pero Daniel pareció coger valor y lanzarse, como si temiera que el momento pasara y perdiera su oportunidad.

—Me gustaría verte mañana, si te apetece —dijo él, serio de repente.

Ella vio su pelo negro brillar bajo la luz de la farola. Mirándola, sin sonreír, como si la pregunta fuera vital para él. Como si temiera la respuesta. Y ella se sorprendió sintiendo un agradable calor en sus entrañas, agradecida de la pregunta.

—Si, por la tarde. Podemos quedar aquí a las cuatro...

—Aquí estaré —dijo él, permitiendo a la sonrisa volver a su cara.

Ella se puso de puntillas y le dio un beso rápido y suave, apenas una promesa, en la boca. Fue un gesto impulsivo, en el que se dejó llevar.

—Hasta mañana —susurró.

Cristina cruzó en rápidos pasos la entrada del hotel y subió hacia su habitación. Se sentía flotar, ¡le había dado un beso ella a él! En el ascensor se quitó los zapatos y salió del él descalza, sintiendo el frío del suelo, pero flotando de emoción. Sacó la llave y la insertó en la cerradura, girando el pomo, y no había terminado de abrir la puerta que sonó la cerradura de la habitación de sus padres. Su madre asomó por la puerta entreabierta. Cristina se sonrojó mientras recibía su mirada, revisándola de arriba abajo y después, en lugar de la regañina que esperaba, sonrió. Sonreía por como veía a su hija. Contenta, resplandeciente.

—¿Todo bien? —le preguntó.

—Fantástico, mamá —contestó ella.

Su madre asintió sin dejar de sonreír y cerró la puerta. Cristina entró en su habitación y sintió deseos de gritar y saltar sobre la cama, tocando con las yemas de los dedos el yeso del techo. Se desnudó, se puso una camiseta enorme por pijama y se metió en la cama mirando el reloj. Eran casi las dos de la mañana y no tenía sueño. Se sentía eufórica. ¿A quien podría contarle lo que sentía, lo que había pasado? Y la respuesta era clara: a Ana.

A la mañana siguiente Cristina bajó a desayunar con sus padres y les contó, como de pasada y sin darle mucha importancia, que por fin había encontrado a alguien interesante. Desde que empezó la adolescencia había intentando ser siempre sincera con sus padres, y a cambio había obtenido una confianza en ella a prueba de bombas. Sabía que sus padres se preocupaban por ella, como todos los padres por sus hijos, pero sabía también que en su caso recibía más manga ancha de lo que solía ser habitual. Su madre dijo que la mala suerte era que se marchaban al día siguiente y ella frunció el ceño como respuesta. La idea de irse era como las nubes que se ven en el horizonte: pueden ser portadoras de malas nuevas o bien pueden pasar sin más. Lo que tenía claro es que no se iba a quedar lamentándose y perder el poco tiempo antes de marcharse... tenía todo el día por delante, y pensó que debía aprovecharlo al máximo, así que tras acabar con su desayuno subió a ponerse el bikini y cogió las cosas para ir a la playa, esperaba que si todo iba bien pudiera encontrar allí a Ana y hablar con ella. Si no, ya la buscaría, porque necesitaba hablar.

Ana estaba en el mismo sitio que el día anterior, boca abajo y con la parte superior del bikini desabrochada, para no tener marca al broncearse. Cristina puso sus cosas al lado y se saludaron. Tras tumbarse para ponerse el protector solar Ana se giró, aguantando el sujetador del bikini con la mano y la miró sonriendo.

—¿Que tal fue anoche con Daniel? —le preguntó.

—Me pareció muy simpático —le contestó Cristina.

—Si, si, simpático. Si te lo comías con los ojos, que yo te veía.

Cristina guardó silencio. Pero no pudo aguantar mucho.

—Me lo pasé fabulosamente, es divertido, inteligente y sabe escuchar cuando le hablas.

—Yo estuve hablando con sus amigos —dijo Ana con una sonrisa de medio lado en su cara —y me dijeron que estaban alucinados, que Daniel es muy tímido y no le habían visto nunca como anoche contigo. ¿Que le has dado? ¿O le echaste algo en la bebida?

—Calla, no seas mala. Yo no le he dado nada, solo conversación.

—Pues no veas con la conversación... tenían un cachondeo sus colegas a su costa...

Cristina decidió cambiar de tema.

—¿Y tú? ¿que tal fue la cosa?

—Estuvo divertido, y me lo pasé bien, pero me parece que tenías tu acaparado al más interesante del grupo —protestó Ana.

—He quedado hoy con él —dijo Cristina.

Ana se rió a carcajadas y le dijo que no se preocupara que no pensaba quitárselo. Después empezó a hablarle de los amigos de Daniel, y de Alejandro, y pasaron después a otras cosas, pero Cristina no dejó de notar las miradas que Ana le había dirigido cuando le contaba cosas de Daniel. Después se fue haciendo el silencio entre ellas mientras tomaban el sol.

Al cabo de un rato Cristina se levantó, ya tenía demasiado calor, y dio una corta carrera hasta la orilla. El agua del mar la envolvió y mientras nadaba mar adentro, se giró mirando la playa y la costa que se veía a ambos lados. Le gustaba la sensación de flotar, el dejarse llevar por las olas. Se preguntó como sería vivir allí y la idea no le disgustó. Estaba acostumbrada a Madrid y el bullicio de la ciudad, pero pensó que le gustaría un sitio mas tranquilo como aquel, donde poder salir de noche sin preocuparse por la delincuencia, donde criar a sus hijos. Se echó a reír mientras lo pensaba, ¡hijos!, movió la cabeza y nadó hacia la orilla al encuentro de Ana. Eso estaba muy lejos en el futuro...

Durante la comida guardó silencio y sorprendió las miradas de su madre en un par de ocasiones. Había desaparecido la euforia de la noche anterior y empezaba a lamentar mucho el irse... Cuando acabó de comer, dijo que se iba a dar una vuelta con unos amigos y subió a cambiarse. Se probó varios conjuntos, sin convencerle ninguno. Se lo ponía, volteaba frente al espejo, fruncía el ceño y lo dejaba. Al final se decidió por ropa cómoda: unos pantalones cortos blancos y una camiseta entallada que le dejaba los hombros al descubierto. Se miró una última vez en el espejo, se sacó la lengua con una sonrisa, dio una ojeada al el reloj y bajó al encuentro de Daniel. Él estaba a unos metros del hotel, como si tuviera miedo de que le vieran allí esperándola. Sonrió al verla y le dio dos besos en las mejillas, impidiendo el primer movimiento de ella hacia su boca y creando un pequeño momento incómodo.

—¿Has dormido bien? —le preguntó él.

—Fabulosamente —le contestó, y añadió —y cuando me levanté esta mañana me fui a la playa con Ana.

Daniel hizo una broma sobre Ana y se marcharon paseando calle abajo, en dirección al mar.

—¿Que te apetece hacer? —dijo Daniel.

—Enséñame el pueblo —le dijo Cristina colgándose de su brazo.

Pasearon sin prisas uno al lado del otro, Daniel sonreía y Cristina se dio cuenta que él se sentía a gusto con ella, relajado. Daniel la llevó a dar una vuelta por el pueblo explicándole pequeñas curiosidades, pero ante una bella fuente y después frente a un gran caserío, le confesó no conocer detalles.

—Yo vine a vivir aquí no hace mucho. Esto seguro que Arturo lo sabría.

Le habló de su mudanza desde Barcelona a la isla, de los problemas al principio para adaptarse y de como el ser radioaficionado le había ayudado a encontrar nuevos amigos, y eso a su vez había servido para integrarse en la comunidad y conseguir un trabajo. Le explicó mil cosas, algunas de las cuales Cristina ni las oyó, mirándole o haciendo ver que no se le iban los ojos hacia su cara. Le gustaba aquel muchacho de mirada sincera y sonrisa franca que caminaba a su lado. Daniel le habló de Arturo, el mejor amigo que tenía en la isla y del resto del grupo de amigos que quedaban habitualmente. En un momento determinado Cristina le contó lo que Ana le había explicado en la playa, temiendo que Daniel se enfadara, pero este se echó a reír:

—Hay que fastidiarse, si que se van a reír de mi una temporada... —la miró a ella a los ojos —pero en algo si que tienen razón, y es que anoche me tenías encandilado...

Cristina notó calor subiendo por sus mejillas. De repente se sintió muy pequeña.

—Yo me lo pasé muy bien —dijo en un susurro.

—Y yo también —asintió Daniel.

Continuaron un poco más en silencio hasta que Daniel se detuvo frente a una vivienda.

—Esta es mi casa, ¿quieres que te enseñe lo que te he explicado de la radio?

—Claro que sí —contestó ella.

Entraron en la casa por el patio, donde Cristina vio unos rosales inmensos cubiertos de flores. Daniel le explicó que los cuidaba su padre, a quien le encantaban aquellas plantas. Abrió una construcción pequeña adosada a la casa y la hizo entrar. Cristina se encontró frente a una pequeña habitación de cuatro por cuatro metros que tenía una enorme mesa a lo largo, y sobre ella equipos de radio, cables, y un desorden completo de todo tipo de cosas, que no pareció preocupar en lo más mínimo a Daniel. En las paredes había mapas del mundo y de España, con chinchetas de colores marcando ciudades, y a los lados tarjetas rectangulares con combinaciones de letras y números y fotos de brillantes colores. Daniel le explicó que cuando hablaba con otro país después se enviaban aquellas tarjetas para confirmar el contacto por radio, y que después esas tarjetas se usaban para conseguir diplomas y ganar concursos.

—Mira, siéntate aquí, te voy a enseñar como va esto.

Puso los equipos en marcha y ella vio como los diales cobraban vida, iluminándose las radios y pronto empezó a oír chasquidos y ruidos que salían de los altavoces. Daniel giró un control en un equipo y empezó a salir música de un altavoz, música acompañada de pequeños ruidos y silbidos.

—Esto son transmisiones de otros países, que se emiten por la onda corta para ser escuchadas en otras partes del mundo —le explicó Daniel —Se emite en distintas lenguas para la población emigrante y por temas de política y promoción de turismo. Hubo un tiempo en que era posible incluso hacer un curso de Ruso de forma gratuita, usando las transmisiones de La Voz de Rusia, Radio Moscú.

Después dejó aquel equipo con el volumen bajito, dejando una música suave de fondo y subió el volumen de otro, cogiendo un micrófono.

—Con este equipo hablamos aquí en la isla. Para hablar se pulsa este botón en el lateral y se suelta para escuchar —y pulsando el botón dijo acercándose el micrófono a la boca —Hola a todos, Daniel a la escucha por si precisáis algo.

Soltó el micrófono y empezaba a girarse hacia ella cuando una voz surgió del altavoz.

—Daniel, soy Pedro, anda ladrón que ya me ha contado Ana que ligaste...

Daniel enrojeció y Cristina pensó en lo pequeño que era el mundo para que el tío de Ana fuera también radioaficionado, se empezó a reír y le hizo señas de que le dejara el micrófono.

—Apretando aquí, ¿verdad? — y cuando él asintió ella pulsó el botón y dijo en voz más alta —Hola Pedro, soy el ligue de Daniel, Cristina.

Soltó el micrófono y empezó a reírse, y Daniel la acompañó. Pedro no contestó, cortado ante la respuesta que no esperaba, pero al cabo de unos instantes reaccionó:

—Ah... si... hola Cristina, encantado de conocerte. Creo que eres amiga de Ana ¿no?

—Si Pedro, hemos estado juntas en la playa esta mañana, tienes una sobrina muy maja —le respondió ella cogiendo el micrófono de nuevo.

—OK... OK —respondió Pedro con evidentes ganas de cortar la conversación —pues nada Daniel, hablamos luego. Un saludo Cristina.

—Un saludo Pedro, cierro —contestó Daniel.

Apagó el equipo y se echó a reír de nuevo.

—Ahora si que van a chismorrear a mi costa Cristina, me parece que eres la primera que habla desde aquí.

—¿No traes a chicas aquí? —le preguntó ella.

—Soy un poco reservado —contestó él encogiéndose de hombros.

Al salir Daniel le abrió la puerta del patio y le dejó salir primero. Se detuvo, como si hubiera recordado algo y volvió un segundo sobre sus pasos saliendo con una rosa roja recién cortada. Se la entregó sonriendo. Ella se quedó sin palabras, con la rosa en las manos.

—Gracias —consiguió decir en voz baja. Era consciente de que enrojecía. Ella no era así normalmente, vergonzosa lo justito, entonces... ¿ que le estaba pasando ?

Al salir al exterior, Daniel le cogió de la mano. Cristina le correspondió con una sonrisa y le sujetó la mano con firmeza entrelazando los dedos. Bajaron poco a poco hacia la orilla donde él le señaló el faro.

—Queda un poco apartado, pero tiene una vista muy bonita.

—Vamos —contestó Cristina.

Pasearon sin prisas, hablando de todo un poco, cogidos de la mano. Daniel no se lo creía todavía, ¿que veía aquella chica en él? Se sentía flotar en una nube e intentaba no pensar en que mañana ella no estaría allí. No había tenido apenas tiempo de conocerla. ¿Podría besarla de nuevo? En realidad le había besado ella, ¿sería él capaz...?

Desde el faro, rodeados por las gaviotas que chillaban en el cielo sobre ellos, y con el olor del mar llenando sus fosas nasales, ella se sintió de nuevo eufórica. Sobre sus cabezas el faro, ahora apagado, enmarcaba un paisaje idílico donde podía dejar perder la mirada disfrutando de las vistas. Era un lugar perfecto para vivir. Notaba las manos de Daniel sobre sus hombros, él detrás de ella recibiendo el viento cargado del aroma de la sal de la mar con los ojos cerrados. Ella le explicó lo que le gustaba de la mar, como un día quería navegar en un velero, a la aventura, dejándose llevar por el viento. A él le gustó que ella soñara despierta, que tuviera sueños.

Al ponerse el sol las pocas nubes que quedaban desaparecieron, y se mostró ante ellos la noche estrellada. La ventaja de estar en una parte de la isla sin mucha zona urbanizada, y cara al mar, es que no había resplandor que molestara, y Cristina, sentada junto a Daniel en el faro, pudo ver como miles y miles de estrellas llenaban el cielo sobre ellos. Al poco la luna asomó sobre el horizonte, enorme y con una tonalidad anaranjada.

—Es luna llena, ¿verdad? Que grande... —le preguntó ella.

—Es un efecto óptico —le contó él —parece mas grande cuando está cerca del horizonte.

Daniel le mostró la figura del “hombre de nieve”, una formación natural en la Luna que los astronautas de la NASA habían bautizado de ese modo durante sus entrenamientos. Le explicó curiosidades que conocía y ella fue preguntándole más y más cosas. Daniel le enseñó a encontrar la estrella polar, siguiendo líneas imaginarias desde la Osa Mayor y desde Casiopea.

—Coge las dos estrellas del extremo, ahora traza una línea imaginaria, así... sigue... y mira, casi encima, das con la Estrella Polar.

Y mientras se lo decía le cogía la mano, manteniéndola extendida ante ellos, señalando caminos en el cielo.

—Un día navegarás —le dijo —, levantarás la vista y sin mirar la brújula sabrás a donde te diriges. Como hacían en la antigüedad. Y ese día te acordarás de mi.

La luna estaba cerca del mar. Su reflejo ondulaba con el movimiento de las olas y el silencio fue cayendo sobre ellos. Ella no quería que aquel momento acabara nunca, pero miró el reloj y le dijo que se tenía que ir a cenar con sus padres, y Daniel le pidió verla después una vez más. Ella aceptó y quedaron para encontrarse donde la noche anterior.

Tras dejar a Cristina frente al hotel, Daniel volvió hacia su casa y se encontró con Ana, que venía en dirección contraria. Ana vestía una falda tejana corta y una camiseta blanca muy escotada, y sonrió al verle, deteniéndose para hablar con él.

—Hola Daniel, ¿Que tal con Cristina? —preguntó con expresión pícaro. Como si se riera de un chiste privado. No le gustó a Daniel esa sonrisa que ella lucía en su cara.

—Muy bien Ana, y tú, ¿que tal?

Ana le sonrió nuevamente, pero ahora de forma mas franca.

—Los interesantes están ocupados, pero el verano es largo —dijo coqueteando un poco con él —¿vas a ir esta noche al Pub?

—Si, he quedado con Cristina, ¿quieres venirte?

—Claro, nos vemos luego.

Se separaron y Daniel se giró para mirarla al cabo de unos pasos. Ella se giró, lo vio mirándola y sonrió, siguiendo el camino hacia el interior del pueblo. Daniel siguió andando, moviendo la cabeza y preguntándose porqué no entendía a las mujeres. Con Cristina se sentía muy cómodo y eso era una novedad muy interesante para él, ya que siempre había sido demasiado tímido con las chicas.

Pasó a recoger a Cristina aquella noche. Ella vestía unos pantalones negros y un top del mismo color bajo un jersey de rejilla, zapatos de tacón alto y se había recogido el pelo a un lado de la cabeza. El color anaranjado de su pelo destacaba sobre el negro de su ropa y Daniel se sorprendió mirando aquellos ojos verdes profundos y sonriendo para sus adentros. Estaba claro que se había arreglado más de lo normal. Se había arreglado para él.

—Hola Cristina, estás preciosa.

—Gracias Daniel.

Subieron andando hacia el Pub, donde estaban ya todos sus amigos reunidos. Daniel vio las miradas de envidia que lanzaban hacia Cristina, pero las ignoró, no sin disfrutar para sus adentros, saludándolos.

—¿Que quieres tomar, Cristina?

—Pídeme una Coca-Cola por favor, esta vez prometo no tirarla —bromeó.

Pidió en la barra y se abrió paso hacia la mesa donde ella se había sentado, llevando las bebidas en la mano. Dejó los vasos sobre la mesa y notó sus ojos sobre él. Cristina sonrió, medio sonrisa burlona, medio sonrisa cálida —una sonrisa solo para él, pensó... —y Daniel se sintió momentáneamente como si le faltara el aire.

—Si me miras así me das miedo —le dijo.

—Si supieras lo que estoy pensando... a lo mejor tendrías más miedo... —susurró Cristina.

Daniel levantó las cejas pero no respondió. En los altavoces del Pub sonaba a medio volumen una canción de La Unión y un grupo de jóvenes la tarareaba al fondo del local. Siguieron hablando y Daniel le explicó que trabajaba con ordenadores y que tal vez se dedicara a ellos más en serio, pero que le atraían los aviones. Ella pareció interesada en el tema y le fue preguntando. Durante un largo rato hablaron de los estudios de ella, que había escogido una carrera tradicionalmente para hombres como era la informática, y de los deseos de él, que se planteaba si seguir con los ordenadores o estudiar para piloto de aviación.

—Eso tiene que ser muy chulo —dijo ella —¿me llevarás algún día en avión?

—Ya me gustaría —rió él —pero para eso tendré que sacarme el título primero. Pero te prometo que te llevaré a volar.

Hablaron del futuro, Daniel le dijo que no quería perder el contacto con ella, y ella coincidió en que también quería saber de él tras estas vacaciones. En un momento dado a Cristina se le escapó:

—Me gustaría encontrar a alguien con quien esté bien, que me haga feliz, y establecerme en algún sitio como este —dijo, y después guardó silencio enrojando un poco. ¿Había hablado más de la cuenta? A eso se le decía meter la pata a conciencia...

Él enmudeció ante esa frase, mitad sorprendido y alagado y estaba pensando una respuesta todavía cuando Alejandro se abrió paso entre las mesas y llegó a su lado.

—Cristina, ¿quieres bailar?

Ella dudó, mirando a Daniel, que se veía muy cortado ante la situación y pensó en darle un poco de tiempo para pensar, por lo que aceptó y se alejó hacia la pista de la mano de Alejandro. Daniel empezó a pensar que aquel mal nacido era capaz de levantarle la novia, o la mujer, a quien se propusiera. Y no quería que se la quitara a él. No esta. No ahora. Nunca más. La música cambió a una mas movida y se confundieron entre la gente. Él se sentía muy violento, por un lado se sentía atraído por ella, y estaba seguro de que a Cristina le gustaba, y por otro lado no podía olvidar que ella marcharía al día siguiente.

Por un momento pensó que tal vez estaría mejor solo. Volver a sus equipos de radio, a la rutina del día a día. Pero lo cierto es que giraba la vista hacia la pista de baile y se lo comían los demonios por dentro. Porque en realidad no deseaba estar solo si no con ella. Cuando estaba decidido a interrumpirlos y separarlos vio a Cristina que volvía de nuevo a la mesa y Alejandro que se alejaba hacia la barra. Ella traía el ceño fruncido.

—¿Nos vamos a dar un paseo? —le preguntó ella muy seria.

—Si, claro, vámonos.

Se levantaron y Daniel la acompañó a la calle. Ella estaba seria y cruzó los brazos por delante de su cuerpo, un cambio radical en contraste con unos minutos antes. Era claramente una postura de rechazo, de aislarse, un aviso corporal de “no te acerques”. Tal vez era inconsciente, pero estaba claro que se encontraba molesta por algo. Él no pudo evitar repasar lo que habían hablado, ¿ había hecho algo mal ?. Anduvieron por la calle durante unos metros antes de que se detuviera de repente, como enfadada, girándose hacia él y diciéndole:

—¿Eres gay?

Daniel se atragantó de repente y empezó a toser.

—¡No!, cof... cof... cla...cof... ¡claro que no!

—La madre que lo parió —musitó ella mientras volvía a sonreír, al principio de forma tímida y después más abiertamente, como quitándose un peso de encima —¿sabes que el cabrón de tu amigo me ha dicho que no perdiera el tiempo contigo, que eras maricón?

Él sintió como la rabia crecía dentro de él. Alejandro se la había jugado delante de sus narices, aunque era conocido en el pueblo como ligón y sabían que no tenía manías a la hora de conseguir lo que quería, a Daniel le dolió profundamente lo que había hecho. Pensó que ya le ajustaría las cuentas. Ella le miraba y él creyó ver una disculpa en sus ojos. Darse cuenta de lo importante que era para él que ella se hubiera preocupado por eso, y pensar a continuación en que a ella le disgustaba, le hizo sentir en su interior una sensación nueva, cálida y reconfortante.

—¿Conoces algún otro sitio tranquilo? —preguntó ella.

—Si, hay un Pub con más turistas, más o menos tranquilo, a unos diez minutos.

—Pues vámonos allí, no quiero ver más a ese tipo.

Ella seguía enfadada, no le cabía duda, así que empezaron a andar juntos y cuando él rozó su mano ella se la cogió. Haciendo de tripas corazón él soltó su mano y sujetó a Cristina suavemente por la cintura, y ella apoyó la cabeza en su brazo.

—Lo siento —dijo Cristina.

—Soy yo quien lo siente. Alejandro es un mal bicho.

El Pub donde la llevó era tranquilo, allí no conocían a nadie y Daniel se fue soltando con ella. En un momento de la noche, cuando sonaba una música suave, ella lo arrastró a la pista mientras Daniel protestaba:

—¡Yo no se bailar! —pero ella leyó en sus ojos otra cosa. Leyó un “baila conmigo”, leyó un “no me dejes”, y después mas cosas, como solo puede hacerse en ocasiones al mirar a los ojos de alguien.

Y allí en la pista, rodeados de gente bailando, se produjo para Daniel el milagro. Porque los ojos de Cristina, aquellos ojos verdes profundos, estaban pendientes de los suyos y la sonrisa picarona que salía de sus labios era para él. Solo para él. Cuando la música cambió a una balada lenta, ella se acercó y él la abrazó. Lo sintió como algo natural, como si se hubieran conocido desde siempre. No sentía vergüenza, ni inseguridad. No veía a la gente bailando, ni el humo del local, solo aquellos ojos que parecían brillar como si la risa relampagueara en su mirada, con el pelo de color fuego llameando, y su sonrisa. Y solo era para él.

Pasaron las horas y la luna los descubrió andando de nuevo al lado del faro. Les acompañaba una luna llena brillante que relumbraba en el cenit, las estrellas que cubrían la bóveda celeste sobre ellos y el mar a sus pies susurrando rítmicamente. Daniel se apoyó en la barandilla del camino y ella se refugió en sus brazos. La miró. Y supo, sin lugar a dudas, que era el momento.

*Clic....clic...clanc...clic...*

El sonido los alcanzó como llevado por la brisa, apenas un par de segundos. Los dos levantaron la vista. Y él, sabiendo que no habría otro momento mejor que ese, la besó, con suavidad. Sin prisas. Rodeados por el rumor de las olas.

Fue ella quien buscó el segundo beso. Cristina se estremeció en sus brazos y enterró su cara en su pecho. Daniel se juró que recordaría ese momento toda su vida.

Intercambiaron números de teléfono y direcciones. Quedaron en hablar cada semana y en enviarse cartas. No hubo promesas de nada, pero ella sonreía al mirarle y él recordaba el sabor de sus labios, el calor de su mirada.

Cristina se marchó a la mañana siguiente.

## Capítulo Segundo



*Si no recuerdas la más ligera locura*

*en que el amor te hizo caer,*

*es que no has amado.*

*William Shakespeare.*

### **Mallorca, Septiembre de 1990.**

Tras la marcha de Cristina, Daniel intentó volver a una normalidad en su vida. Normalidad en este caso era ir y volver de trabajar cada día, dedicar unas horas a la radio con sus compañeros y los fines de semana tomar unas cervezas con ellos. Y vuelta a empezar. Descubrió la primera noche tras la marcha de Cristina que no conseguía conciliar el sueño, y los siguientes días que, salvo cuando estaba concentrado en algo, la imagen de ella en el faro aquella última noche volvía sin cesar a su cabeza. No podía dejar de pensar en aquella chica de pelo naranja cuya sonrisa le aceleraba el corazón y cuya voz ansiaba oír de nuevo. Tenía su número de teléfono, pero pensaba que la molestaría si la empezaba a llamar, y por las tardes después de trabajar contemplaba el papel con el número y dudaba si llamarla o no. No se atrevió a tanto... ¿y si ella le decía que no le molestara? ¿Y si su padre le decía que no llamara? Su timidez, esa que estando con ella no molestaba, volvía en su ausencia a hacer su vida más complicada.

DESCARGA EL LIBRO COMPLETO DESDE AMAZON.ES EN EL ENLACE:

<http://www.amazon.es/cuatro-rosas-Juan-Carlos-Valero-ebook/dp/B01CO65ROG/>